

DOMICIANO. DOMINUS ET DEUS

LINDSEY DAVIS

DOMICIANO.
DOMINUS ET DEUS

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Master and God*

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: febrero de 2013

© Lindsey Davis, 2012

© de la traducción: Montse Batista, 2013

© Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6250-3

Impreso y encuadernado por Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 708-2013

Impreso en España

Dedicado a la ciudad de Roma

Primera parte

Roma: 80-81 d.C.

¡Que comiencen los Juegos!

I

Era una tarde tranquila en la Vía Flaminia. Nadie se fijó en una voluta de humo que, llevada por el aire desde el río, descendió y se desintegró contra una teja del cuartel. Roma, la Ciudad Dorada, se ocupaba de sus cosas. Los vigiles de la Primera Cohorte continuaban con sus tareas.

El patio estaba en calma; las tardes eran un tiempo muerto. Nadie estaba haciendo gran cosa. Los vigiles se habían creado para combatir los incendios, pero también se ocupaban de la ley y el orden locales. Gran parte de la acción tenía lugar por la noche. Entre la hora de la comida y la cena sus obligaciones eran mínimas, y a quienes les tocaba el turno de día les gustaba que fuera así.

Tito, su nuevo emperador, estaba en la Campania. Ya era la segunda vez que visitaba la zona catastrófica después de que el otoño anterior el monte Vesubio entrara en erupción. Mucha gente se había temido lo peor cuando Tito sucedió a su padre; a pesar de su encanto, al hijo de Vespasiano se lo consideraba despiadado. No obstante, parecía haber enmendado su personalidad: renunció al vicio, prometió no ejecutar a más oponentes e incluso despachó a su impopular amante, la reina Berenice de Judea, después de que ésta hubiera corrido a Roma con la esperanza de convertirse en su emperatriz. Ahora cada vez que los esclavos del guardarropa vestían a Tito con sus togas suntuosas, él se ponía además

una atractiva reputación de gobernador benigno. Después de la catástrofe volcánica, su pueblo, que necesitaba consuelo a toda costa, fue compasivo. Tito los animó sufragando de su propio bolsillo las operaciones de auxilio.

A sus cuarenta años debería tener un largo reinado por delante, pero estaba claro que el Vesubio sería el acontecimiento más importante del mismo: tan inesperado, tan destructivo, tan cercano a Roma. La Campania estaba ocupando la mayor parte de su tiempo. De todos modos, si algo importante ocurriera en Roma, siempre podrían recurrir a su hermano Domiciano para que lo sustituyera.

Era poco probable. El Imperio y la ciudad marchaban sobre ruedas en las buenas manos de los funcionarios. Aunque Tito rara vez demostró animosidad manifiesta, casi todo el mundo suponía que tenía intención de evitar que Domiciano ejerciera el poder.

* * *

Otro par de espirales de humo flotaban sobre el Campo de Marte. Aquel año el habitual cielo azul de Roma estaba siempre gris, por lo que aquellas volutas ligeras como nubes eran indistinguibles. De nuevo, nadie les prestó atención.

Los cielos deprimentes habían depositado una fina capa de tierra que lo cubría todo. La temperatura descendió por todo el Mediterráneo después de que el Vesubio lanzara millones de toneladas de ceniza que taparon la luz del sol formando una columna que llegó hasta el norte de África y Siria. En la misma Italia, el mar –el Mare Nostrum, nuestro mar– había sido engullido hasta quedar seco y a continuación fue arrojado de nuevo sobre la costa. Los peces murieron. Los pájaros murieron. Cuando llegó la primavera, la

zona antes fértil de la bahía de Nápoles se hallaba bajo metros de lava, cenizas y barro solidificado. En la Campania, en lugar de tres cosechas al año no hubo ninguna. Los precios se dispararon. Las regiones que solían alimentar a Roma se encontraban en una situación paupérrima. Había hambruna; el pueblo se debilitó; brotó una epidemia. Miles de personas enfermaron y muchas de ellas morirían.

Así pues, ya estaba siendo un mal año. Las promesas de festividades suntuosas en cuanto Tito inaugurara el enorme anfiteatro nuevo de su padre a duras penas mantenían alta la moral de los romanos. Unos juegos públicos muy caros, con unas largas vacaciones para disfrutar de los gruñidos y la sangre, eran lo único que aliviaría su pesadumbre.

* * *

En el tejado del cuartel, una paloma de color apagado extendió un ala con la vana esperanza de tomar el sol, en tanto que su pareja, más brillante, se limitaba a permanecer encorvada rumiando la erupción del Vesubio.

Dos pisos por debajo, uno de los vigiles olisqueó el aire como si una advertencia hubiese llegado a su subconsciente, pero continuó afilando hachas de bombero con despreocupación. Todos los demás olores de Roma competían por la atención de su olfato, desde el del pescado crudo y la carne ensangrentada al de las frituras, ajo machacado y hierbas; los hedores pestilentes de las tenerías; hornos de leña; incienso y perfumes; almacenes aromáticos enteros, llenos de pimientas finas y canela; muladares; sumideros; pinos; vagabundos, excrementos de mulo y perros muertos.

El cuartel aportaba sus propios olores a cuerdas chamuscadas y esteras de esparto húmedas. Sobre los bustos de

Tito y del viejo emperador Vespasiano que presidían el santuario situado a un extremo de la plaza de armas, las coronas secas emanaban un popurrí de fragancias de laurel y ciprés. A distintas horas ocupaban el cuartel un millar de hombres de origen humilde que llevaban a cabo un duro trabajo físico; apestaban a humo, a sudor y a pies, en tanto que la mayoría de ellos hacía también un uso discrecional de eructos y ventosidades como elementos expresivos del lenguaje.

En aquellos momentos eran pocos los que hablaban. Los cubos para apagar incendios se amontonaban por allí, vacíos. Las enormes puertas se hallaban prácticamente cerradas, con sólo un resquicio a modo de acceso. Algunos estaban echando una cabezada dentro, aunque unos cuantos dormitaban repantingados en el exterior tomando el aire. Alzaron la vista cuando regresó uno de los miembros de su equipo policial. Era Escorpo, un hombre de cabello rapado y mirada astuta que, como muchos de ellos, hacía mucho tiempo que cojeaba debido a un accidente en una casa en llamas. Llevaba a una mujer joven a la zaga.

Seguramente iría a ver al agente de investigación, Cayo Vinio Clodiano, hijo de un ex tribuno de cohorte que consiguió un ascenso a la Guardia Pretoriana. Hermano de dos ex soldados y él mismo ex miembro de la Vigésima legión, veintitrés años, metro setenta y ocho de estatura, setenta y siete kilos de peso; en general, competente y bastante querido. Los hombres supusieron que escucharía la historia, prometería investigarla, lamentaría la enorme cantidad de trabajo de la cohorte, guñaría el ojo con coquetería y, acto seguido, despacharía a la joven.

Escudriñaron a la visitante y reflexionaron groseramente sobre su juventud, sus curvas y el hecho de que el afortunado Vinio se disponía a entrevistarla sin compañía.

Estaba bastante bien, aunque allí ser mujer era mérito suficiente.

Todos sabían que Vinio estaba casado. Aunque él nunca hablaba de su vida privada, se rumoreaba que el matrimonio tenía problemas (el propio Vinio hacía caso omiso de las dificultades que atravesaban, cosa que, para su esposa, resumía perfectamente el conflicto). Sus hombres suponían que mantenía las tradiciones de la cohorte yendo detrás de otras mujeres, aunque no de chicas solteras. Apostarían por ello, del mismo modo que tenían la seguridad de que Vinio siempre elegiría el pollo a la Frontino de un menú o de que siempre que se afeitaba hacía que su barbero le aplicara una sencilla loción de camomila. Servían con él; así pues, lo conocían bien. O eso creían ellos.

* * *

A Flavia Lucila se le cayó el alma a los pies al entrar. Varios hombres silbaron. Para ellos fue un silbido de admiración; a ella le pareció agresivo. Era lo bastante joven como para ruborizarse.

Se había encontrado en un amplio espacio abierto dentro de un edificio oficial de dos pisos. Unas columnatas recorrían los dos lados largos; por delante se abría otro patio similar y más allá un tercero. En cuanto cruzó las enormes puertas principales había pasado entre dos tinas grandes de agua. En los patios había utensilios apilados de una manera que parecía desordenada, aunque tal vez sirviera para que las cosas pudieran recogerse con más rapidez en caso de emergencia. A ella todo le resultaba extraño.

Entró corriendo detrás de Escorpo en la oficina de investigaciones, situada hacia la mitad de la columnata iz-

quierda, en una de las muchas habitaciones pequeñas que había tras las columnas. En cuanto entraron, Escorpo la señaló con el dedo índice en silencio y a continuación desplazó el dedo cuarenta y cinco grados para indicar el lugar en el que debía sentarse. El gesto no fue particularmente ofensivo.

–Cayo Vinio escuchará tu historia.

El supuesto Vinio apenas levantó la mirada.

Lucila se dejó caer en el centro de un banco bajo de madera, por lo demás desocupado. Se sentó encima de las manos, con los brazos rectos y los hombros tensos. Estaba claro que era un incordio y tenía que esperar. Le pareció bien. Para entonces deseaba no haber venido.

El agente de investigación no era como ella se esperaba. Para empezar, era joven, no uno de esos centuriones entrecanos. Sentado frente a una mesa rústica colocada transversalmente a la puerta, el hombre mostraba un perfil atractivo y Lucila tuvo la sensación de que él lo sabía. Estaba trabajando en unos documentos; otros hubieran hecho escribir al administrativo de la cohorte mientras ellos dictaban. Vinio tenía frente a él unas tablillas de madera enceradas y un estilo, pero estaba completando una lista formal con tinta en un rollo. Ella lo observó mientras lo firmaba y a continuación devolvía la pluma húmeda al tintero con bastante delicadeza; con este pequeño gesto teatral parecía estar medio burlándose de sí mismo por disfrutar de aquel trabajo. Esto hacía pensar que Vinio era un excéntrico; la mayoría de investigadores se quejaban del tiempo que requería la burocracia.

–Toma, Escorpo. Tres a los que patear al piso de arriba.

–Tenía una voz más grave y fuerte de lo que Lucila se esperaba.

Supuso que lo de «patear al piso de arriba» no era una orden literal, sino una forma abreviada de indicar que llevaran a los malhechores ante el prefecto de los vigiles. Los delitos rutinarios se resolverían con una paliza o una multa municipal. A los delincuentes recalcitrantes los pondrían a disposición del prefecto de la ciudad, quien podía enviarlos a un juicio completo.

Escorpo leyó por encima el breve rollo y, al tiempo que salía con él, comentó:

—¡A Morena no le va a hacer ninguna gracia!

Vinio se encogió de hombros. Entonces aguardó mientras repasaba someramente las tablillas enceradas. Lucila se fijó en el anillo de boda que llevaba. Tenía las manos limpias y muy bien cuidadas. Su cabello era negro y abundante, muy bien cortado, de modo que la joven se sobresaltó por la atracción erótica que suscitaron las capas de pelo recortadas de forma experta en la nuca de su recio cuello masculino.

Él seguía sin hacerle caso. Cada vez más nerviosa, Lucila intentó no llamar su atención. Miró a su alrededor pero, aparte de la mesa y el banco, en la habitación no había nada más que un mapa grande en la pared. En él se mostraban los Distritos Séptimo y Octavo, que eran los que cubría la Primera Cohorte, un sector que iba desde los límites de la ciudad sobre la Colina del Pincio, se extendía junto a los Jardines de Salustio y el Quirinal y llegaba hasta el Foro. Allí se había criado ella, por lo que reconoció los rasgos principales aun cuando los nombres de las calles estaban prácticamente borrados. Se habían añadido algunas marcas más nuevas con tintas distintas, como para señalar incidentes locales con precisión.

No debiera haber venido. Tendría que haberlo dejado correr o hacer que su madre la acompañara. Eso había re-

sultado imposible; debiera haber aceptado que su madre no quisiera involucrar a los vigiles.

Después de varios gritos y portazos provenientes del exterior, un hombre irrumpió en la habitación gruñendo en voz alta. En el pórtico se oía la escolta de alguna clase de prisioneros, en tanto que Escorpo reapareció y se apoyó en el marco de la puerta observando con una sonrisa de satisfacción.

—¡Morena! —Vinio saludó al recién llegado con calma. El que protestaba era un hombre flaco, de aspecto desastroso, con unos terribles mechones de pelo lacio peinados de un lado a otro de la cabeza. Lucila se dio cuenta de que era la clase de hombre que perdía el día entero frente al mostrador de un bar de la calle haciendo chistes obscenos para ofender a los transeúntes. A juzgar por la expresión del agente, Vinio estaría completamente de acuerdo con ella: «Y luego espera que la camarera se lo tire gratis». Y si estaba especialmente deprimido, quizás incluso añadiera: «y es probable que esa bruja patética lo haga...».

—¿Tiene que ver con la calle Isis otra vez? ¡No puedes hacerme esto!

—No tengo más remedio —adujo Vinio—. Morena, te he advertido en dos ocasiones acerca de mantener una reserva de cubos por si hay fuego. Mi deber es estarte encima como un cabrón, y el tuyo es obedecer mis órdenes. Pero has persistido en no hacer nada.

—¡Los inquilinos no dejan de robar el agua para regar las macetas de sus balcones!

—Vuelve a llenar el depósito. Desahucia a tus inquilinos por incumplimiento de contrato... Supongo que incluso los especuladores como tú harán un contrato a esos pobres diablos, ¿no? Sin agua no podemos hacer nuestro trabajo. ¡Por

Júpiter, hombre, si se cayera una lámpara en tu asqueroso edificio podrías incendiar toda la ciudad!

–Dame otra oportunidad.

–Siempre dices lo mismo.

–Acabo de encargar las mejoras...

–Mi tribuno quiere detenciones.

–¿Cuánto?

En la puerta, Escorpo hizo una mueca. Vinio suspiró de manera teatral.

–Espero que no estés intentando sobornarme, ¿eh, Morena?

–¡Pues que te den mucho, Vinio, eres un feo hipócrita de mierda!

–Déjalo ya.

Vinio se puso de pie. Feo no era una palabra adecuada para él, aunque Lucila no lo habría admirado nunca abiertamente; ya tenía demasiada seguridad en sí mismo. Era alto y musculoso, totalmente dueño de sí mismo. Apenas alzó la voz:

–Morena, eres el propietario de una pocilga destartada de cinco pisos en la calle Isis con múltiples inquilinos que no pasa la inspección de incendios en ninguna de las ocasiones que la visitamos. Eres un quejica, un miserable, un mezquino que esquiva las multas, que acumula dinero de hipotecas, engaña a las viudas, mata de hambre a los huérfanos y se folla a los esclavos, ¿no es verdad?

Morena perdió el temple.

–Así es.

–Pues lárgate a ver al prefecto y no me hagas perder más tiempo.

Se llevaron a Morena de allí arrastrándolo hacia atrás, con gritos ásperos por parte de los vigiles. Cayo Vinio vol-

vió a dejarse caer en su asiento, con la respiración apenas agitada. Siguió sin volver la cabeza y miró a Lucila de reojo.

—Bueno, señorita, ¿qué te trae a este magnífico refugio del orden público?

* * *

Vinio ya la había examinado de manera subrepticia. Le sorprendió que llegara sola; las chicas jóvenes solían corretear por ahí de dos en dos. No iba a pasarle nada, al menos durante su guardia, pero supuso que la joven había acudido allí con algún propósito malicioso. Al menor indicio de intriga o descaro, se las iba a ver con él.

Era una mujer de estatura media, flaca y de pecho plano, aunque no desnutrida. Ella, o sus padres, había crecido en una casa en la que, si comían los restos, eran restos de buenas comidas: las sobras de una familia acomodada pero despilfarradora, algo típico de las clases con esclavos a su servicio. Vinio la clasificó correctamente como hija de esclavos libertos. No era la princesita de nadie, iba vestida con una túnica estrecha de un color natural corriente; la prenda se le había quedado pequeña y se le veían los tobillos. Eran unos tobillos bonitos, pero ya no era una niña y debería taparlos. Llevaba el cabello castaño enroscado y atravesado por una horquilla que sorprendentemente parecía de marfil..., ¿un regalo, acaso? Si no, lo más probable era que fuera un objeto robado de la caja de adornos de una mujer mucho más rica.

Cayo Vinio se entrevistaba con el público con formalidad, no era uno de esos investigadores que bromeaban con las mujeres y cuyos informes eran luego una chapuza. Sin

embargo, de haber sido relevante, a su juicio la visitante sería una mujer atractiva cuando creciera. Lo cual vaticinó que ocurriría en cuestión de un mes.

Revolvió las tablillas de cera que tenía frente a él, seleccionó una y la alisó con la parte plana del estilo.

—¿Nombre?

—Flavia Lucila —le salió la voz en forma de gritito asustado, cosa que hizo que Vinio comprobara la ortografía. El nombre de Flavia confirmaba que su familia había obtenido la ciudadanía bajo los emperadores de entonces, de modo que fue en la última generación.

—¿Edad?

—Diecisiete.

«Réstale dos años», calculó Vinio.

—¿Padre?

Lucila guardó silencio; Vinio continuó. Muchas de las personas a las que interrogaba no tenían ni idea de quién era su padre.

—¿Madre?

—Flavia Lachne, liberta imperial.

Vinio tenía dudas sobre lo de «imperial». Había muchos ex esclavos de palacio, pero después de tres años de tratar con el público ya no se fiaba de nada de lo que le decían; sospechaba que la joven exageraba su posición y que en realidad no era más que la hija de quien quitaba las raspas a algún pescadero.

—¿Y vives en...?

—Enfrente del Pórtico de Vipsania, junto a la fuente de la caracola.

Vinio no ubicó el lugar. Desde que lo destinaron allí había intentado familiarizarse con todos los callejones estrechos del Distrito Séptimo, pero todavía estaba aprendiendo.

El mapa de la pared no le servía de gran cosa; se podían distinguir los templos y teatros, pero para los vigiles nunca había sido una prioridad buscar las viviendas en las que moraban los pobres.

–En un apartamento del cuarto piso –añadió Lucila.

Las clases medias vivían en una planta baja; los indigentes subían penosamente seis tramos de escaleras; el cuarto piso lindaba la pobreza, aunque no lo era del todo.

–Y bien, ¿qué problema tienes, querida?

Lucila se ofendió.

–¡Yo no soy tu querida, agente!

–Y con este genio no lo serás nunca de nadie. –Vinio vio que la chica tomaba aire con furia, de modo que dejó el estilo sobre la mesa y le dirigió un rápido gesto apaciguador con las palmas abiertas. A continuación, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y esbozó una sonrisa triste. Eso solía causar buena impresión en las mujeres. Lucila le lanzó una mirada fulminante, como si hubiera pagado para ver a un gladiador célebre y hubiera tenido que soportar a un suplente oxidado–. Dime, ¿has venido a denunciar un delito o a presentar una queja?

La joven fue prudente y reprimió su indignación.

–Nos han robado en casa.

–¿Os?

–A mi madre y a mí.

–¿Algún esclavo? –Los esclavos serían sus primeros sospechosos.

–¡Oh, sí, nuestra extensa plantilla! –exclamó con brusquedad Lucila, que se enardeció de nuevo–. Un batallón de pasteleros, tres chicas para el guardarropa... y no seríamos absolutamente nadie sin un poeta inédito que trabaja para nosotras de portero.

Vinio adoptó una expresión avinagrada para evitar sonreír.

–¿Qué dimensiones tiene el apartamento?

–Es de dos habitaciones; vivimos en una y mi madre trabaja con su clientela en la otra.

–¿Trabaja de...?

–Pelquera –Lucila se dio cuenta con retraso de cómo sonaba eso: como si Lachne fuera una prostituta.

Vinio se preguntó si a la hija la estarían adiestrando en el mismo oficio. Decidió que sería una lástima. ¡Por los dioses!, debía de estar ablandándose.

–Madre es pelquera, trabaja para la familia del emperador –protestó Lucila.

Vinio no creyó esa historia. Pero si Lachne se vendía a los hombres, tendría que estar registrada allí; podría comprobar los registros de los vigiles, por lo que no tenía sentido que la chica mintiera. Si la mujer trabajaba en horizontal y no había sido registrada, era una estupidez atraer su atención... Lo cual podría explicar por qué habían enviado a la chica allí sola y la madre se había mantenido al margen.

–¿Dónde está tu madre ahora?

–En casa, histérica.

–Dime, ¿qué ocurrió?

–Madre llegó a casa y se encontró con que le faltaban todas sus joyas.

–¿Había alguna de valor?

–¡Todas ellas!

Lucila vio que el investigador recelaba.

–¿Seguro que han desaparecido? ¿No podría ser que mamá hubiera metido las cuentas detrás de un cojín y se hubiera olvidado?

–Las buscamos por todo el apartamento. –Eso lo había hecho Lucila, y había sido metódica. Tenía sus propias dudas sobre su madre.

Vinio adoptó un semblante amistoso.

–Al final haré una lista, de modo que vete pensando –se fijó en que, aparte de la horquilla de marfil, Lucila, de aspecto desamparado, no llevaba ni siquiera un collar de guijarros. Nadie diría que era hija de una mujer con posesiones que valiera la pena robar. ¡Por Júpiter! ¡Si hasta entre los indigentes de debajo de los puentes del Tíber las madres solían adornar a sus hijas con sartas de chinas! Su hija pequeña, sin ir más lejos, llevaba un amuleto–. De modo que mamá llega a casa... ¿Alguna señal de que forzarán la entrada?

–No.

–¿Había daños en la puerta?

–Ninguno.

–¿Alguna otra persona que sabía que estaríais fuera?
–Lucila se encogió de hombros, dando a entender que sus movimientos eran al azar–. Estáis en el cuarto piso, ¿podría alguien trepar desde un balcón cercano?

–No, no tenemos balcón y mantenemos los postigos cerrados.

–Entonces, ¿la única manera de entrar es por la puerta? ¿La cerráis cuando estáis fuera?

–¡Sí, no somos idiotas! –la chica volvió a arremeter contra él con preocupación–. ¡No estás anotando nada!

Hasta el momento, lo único que Vinio había garabateado en su tablilla era el nombre de la chica. Él nunca malgastaba esfuerzos. Las posibilidades de resolver aquel robo eran escasas. Roma estaba infestada de ladrones de viviendas, manilargos que robaban la ropa en las casas de baños, descuideros, granujas que se llevaban paquetes de la parte

de atrás de los carros en marcha, esclavos deshonestos y trepas que entraban desde la calle y se paseaban por las casas vaciando la plata de los comedores. Rara vez atrapaban a ninguno de ellos.

—¿Qué clase de cerrojo hay?

Tal como le había instado a hacer, Lucila describió el tipo de cerrojo barato e inútil que siempre instalaban los carceros malos como Morena; al menos el suyo tenía llave y no era sólo un pestillo. Cayo Vinio, quien creía que la prevención de los delitos era su trabajo más útil, recomendó un cerrojo de tambor y sugirió que las mujeres podían adquirirlo de algún cerrajero reputado.

—¿Y «reputado» quiere decir...? —preguntó Lucila con cinismo.

Vinio tenía su lado humano; en aquellos momentos estaba disfrutando bastante de la conversación.

—El que yo siempre recomiendo. Al menos, así sé dónde acudir si después entran a robar a alguien que ha seguido mi consejo... —más serio, hizo la pregunta habitual—: ¿Alguien más tiene llave aparte de tu madre y de ti? —Eso era condescendiente. Por otro lado, existía un buen motivo por el que los vigiles siempre lo preguntaban. Lucila negó con la cabeza; las víctimas siempre negaban haber entregado duplicados. Vinio prosiguió—: Sé que es muy desagradable pensar que podrías haber confiado en la persona equivocada... ¿Tienes novio?

—No.

Lucila pareció avergonzada. Tendría que haberlo sabido al ver que la joven carecía de ornamentos; el primer maleante que fuera detrás de esa chiquilla la conseguiría a cambio de un brazalete de imitación de oro en forma de serpiente con ojos de cristal.

—¿Y qué me dices de tu madre? —el silencio de Lucila lo explicó por sí mismo—. Entiendo. ¿Tiene una multitud de seguidores o sólo de uno en uno?

—¡De uno en uno!

—¿Y tú qué opinas de los hombres a los que entretiene tu madre?

—No mucho —Lucila encontraba que la entrevista era más difícil de lo que se había esperado. Vinio sabía cómo vencer sus defensas—. El de ahora es un hombre de negocios. No le hace falta robar.

—¿Su nombre?

—Orgilio.

—¿Cómo es de adinerado?

—Bastante.

Vinio observó a Lucila con detenimiento. Le concedió tiempo para que averiguara por qué.

Se dio cuenta de que había disgustado a la chica. Lo lamentó.

* * *

Era la primera vez en la relación con su madre que Lucila tomaba la iniciativa. Lachne había parecido renuente a involucrar a las autoridades, aun cuando el contenido de su joyero, obsequios de mujeres importantes a las que había servido y de hombres a los que había atraído, era verdaderamente caro. Indignada, y asustada por el hecho de que un ladrón hubiera estado dentro de su casa, Lucila había salido como una exhalación a denunciar el robo dejando a su madre hundida en una silla. Lachne se hacía la mujer indefensa a menudo; su actitud era bien conocida.

Al abordar aquella crisis Lucila había demostrado una

nueva independencia. Ya estaba empezando a tener dudas cuando la pregunta que el agente planteó como de pasada le hizo ver cuánto la había engañado su madre.

–Una cosa que siempre tengo que considerar –explicó Vinio– es si un «robo» denunciado podría ser un trabajo desde dentro o no.

Tenía razón. Entonces Lucila lo entendió. Lachne estaba viviendo a costa de su último hombre. «Orgilio es un cielo; cuando vea lo triste que estoy seguro que sustituirá las cosas...» No era necesario que Lachne denunciara el robo, porque éste no tuvo lugar. Pero debió de pensar que permitir que su ignorante hija fuera corriendo a pedir ayuda a los vigiles haría la historia más creíble.

Su madre la había enredado, le había mentido, la había utilizado. Allí, sentada bajo la mirada inquisitiva de Vinio, Lucila se dio cuenta de que había sido cruelmente traicionada por la única persona cercana a ella.

Incluso Vinio, a quien nunca había visto hasta entonces, reconoció la dureza en el semblante de Lucila cuando decidió que no iba a tolerarlo. Tan sólo tenía quince años. Sus opciones eran pocas. No obstante, rompería con su madre por este asunto.

* * *

Fuera, en el patio, había ruidos que Vinio ya había percibido. Su mirada se dirigió hacia la puerta; estaba escuchando, intentando evaluar la actividad.

–Enviaré a alguien. Puede que alguno de tus vecinos se haya fijado en algo...

Flavia Lucila reconoció el desaire. Vinio ni siquiera había anotado dónde vivía. No enviarían a nadie. Era una pér-

dida de tiempo. Aunque uno de sus soldados lo investigara, Lachne sonreiría con afectación y se reiría tontamente, toquetearía los músculos de aquel hombre y se dejaría estrujar hasta que se alcanzara algún acuerdo mal concebido; entonces Lachne y Lucila tendrían que pasar semanas dando largas con delicadeza al nuevo aspirante y evitando que Orgilio se encontrara con él...

—Dime, ¿quién crees que entró a robar en vuestra casa? —preguntó Vinio: era otra más de las preguntas que siempre hacían los vigiles.

—¿Cómo quieres que lo sepamos? Es tu trabajo averiguarlo... ¡Eso si puedes permitirte la molestia, guaperas!

—¡Ay, cielo! Por desgracia, mi época de guaperas terminó. —Vinio giró rápidamente en su asiento para quedar frente a Lucila.

* * *

Lo hizo a propósito, con ánimo de causar impresión.

Siendo soldado había resultado gravemente herido. Un miembro de una tribu rebelde le había golpeado con una lanza en la cara y perdió un ojo. Podían verse otros daños, daños que un cirujano militar que creía que su paciente se moría se había limitado a suturar toscamente. El lado derecho de su rostro, previamente oculto al estar sentado de lado, estaba desfigurado por unas cicatrices terribles. Conmocionado, y habiendo perdido visión, Vinio había sido destinado de vuelta a Roma y designado a los vigiles; era lo bastante feo para que esos duros ex esclavos lo aceptaran.

Lucila quedó horrorizada, pero se las arregló para disimularlo.

—Eso debe de arruinar tu vida amorosa. ¿Cómo ocurrió?

Vinio no respondió. Estaba de pie en la puerta para ver el movimiento que pudiera haber en el patio. En cualquier caso, quería evitar pensar en su supuesta vida amorosa.

Alguien había abierto ya las dos puertas principales. Aunque los hombres parecían calmados, Vinio percibió el hormigueo de emoción y temor que siempre acompañaba a los incendios. Tiraban de un sifón para sacarlo de su compartimento en el interior, lo cual indicaba que la alarma era seria.

Alzó la vista al cielo, gris como era habitual aquel verano, pero entonces resultaba evidente que había humo en el aire. Era frecuente que los investigadores se unieran a los bomberos en un incendio, para demostrar solidaridad o comprobar si había sido provocado. Vinio llamó a Escorpo en voz alta para preguntarle qué estaba ocurriendo, y al mismo tiempo abrió una bolsa del cinturón y metió en ella la tablilla con la denuncia del robo sin escribir.

Lucila se puso de pie de un salto y con el ceño fruncido. Salió con paso airado y tuvo que pasar rozando a Vinio en la puerta. Él la dejó marchar, pero la joven notó un ligero toque de su mano en el hombro: consuelo y una disculpa.

Fue un gesto sin intención definida, pero permanecería durante demasiado tiempo en el recuerdo de una chica solitaria de quince años.

* * *

Escorpo enarcó una ceja y se quedó mirando a Lucila, que se escabullía.

—Una estafa —le quitó importancia Vinio—. La madre desplumando a su novio. La chica no puede estar metida en

la trampa, es demasiado ingenua. –«¿Quién era el ingenuo entonces?».

–¡Parecía dulce!

–¿Ah, sí?

Ambos sonrieron ampliamente. Entonces apareció alguien en la entrada que los llamó:

–De la Séptima... Hace falta ayuda. Es de los grandes.

Cayo Vinio decidió mandar a un mensajero a informar al tribuno de la cohorte, y los miembros de la Primera se lanzaron a prestar ayuda con el próximo gran desastre en el reinado del emperador Tito. No tardaron en dejar de pensar en mujeres, ni siquiera en las mujeres con las que estaban casados. Durante tres días y noches lucharon sin descanso para controlar un incendio que devastó el corazón de la monumental Roma, un tiempo durante el cual en muchas ocasiones también estuvieron luchando por sus vidas.